

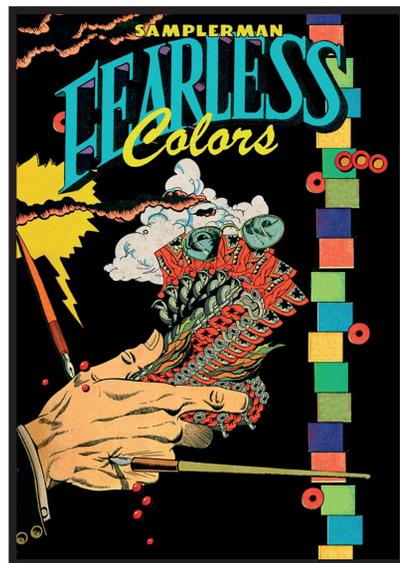
---

# Fearless Colors

SAMPLERMAN

Ediciones Valientes / Kus!Komikss / MMMNNRRRG, 2017

Un día sin duda afortunado de principios de siglo xx un fallo condujo al arte cinematográfico, cuando Georges Méliès tuvo un problema con su cámara. Estaba grabando un paisaje urbano, al estilo de los que habían inmortalizado los hermanos Lumière con su *cinématographe* —y tantos otros que siguieron sus pasos con aquella curiosidad científica—. Pero el cacharro de aquel ilusionista parisino se averió momentáneamente y en el lapso que duró su rápida reparación sucedió un pequeño «milagro». Cuando Méliès reprodujo el resultado de lo grabado... encontró, sí, magia: un tranvía de caballos se convertía en un parpadeo, ante la mirada del director, en un cortejo fúnebre. Por arte de un «corten y acción» involuntario. Era el primer paso para comprender que el cinematógrafo era un utensilio capaz de grabar historias, ficciones a través de un lenguaje propio, el del montaje. Nació el cine.



Hay más ejemplos en la historia del arte en los que un fallo o los experimentos con gaseosa se convierten, finalmente, en un hallazgo feliz. El artista rara vez teme a aventurarse en lo desconocido, y a veces lo paga en el juego de prueba / error, caso de los intentos de Leonardo DaVinci de realizar pintura mural con óleo, que ya le vale. Pero a veces sucede «un Méliès», bien porque el fallo resulta un logro, bien porque en la aventura de probar cosas nuevas está la chispa de la creatividad, pese a quien pese.

Yvan Guillo es un dibujante francés que ostenta una carrera profesional con obra publicada en medios como *Qué Suerte!*, *Gorgonzola* y *Hopital Brut*. En una ocasión, probando con un programa de retoque fotográfico texturas para los fondos de sus dibujos, seleccionó pequeñas porciones monocromáticas de páginas de cómics antiguos, de los que extraía colores y texturas —que pegaba y multiplicaba en su propia obra—. Y tuvo la ocurrencia de que lo mismo podía hacerse con selecciones menos neutras, con fragmentos figurativos. La prueba llevó a la creación de un método, y un alias con el que firmar los resultados de aquello. Nació Samplerman, el alias para una entidad entre la magia alquímica y la tecnología, un hacedor cósmico digno de la Marvel añeja, el vigilante de un portal temporal y dimensional materia-

---

lizado en unos cómics únicos e inaprensibles. Cómics que Ediciones Valientes coedita con Kus!Komikss y MMMNNRRRG. Encuentro internacional para brindarnos en España *Fearless Colors* a finales de 2017, precioso libro y una de las obras que deberían estar en boca de todo buen catador de experiencias artísticas arriesgadas, extremas y fascinantes.

El *collage* en el cómic no es nada nuevo. De hecho es natural, desde su uso para arrepentimientos al «corta y pega» para insertar en la página cartelas de textos o las calles entre viñetas. Después de todo, la historieta es un medio que se genera por reproducción mecánica a partir de originales, poco importa si estos son un montante de pegotes. Pero además de su utilidad digamos pragmática, el *collage* es un medio creativo y estético fácilmente rastreable en obras de Jack Kirby, y en los popes del tebeo pictoricista que creció a finales de los ochenta como esporas: Bill Sienkiewicz o Dave McKean. Recordemos los rostros-fotocopia usados por el primero en *Elektra Asesina* (realizada con Frank Miller en 1987), o los relojes del segundo injertados en las primeras páginas de *Asilo Arkham, Un lugar sensato en una tierra sensata* (la mirada pesadillesca sobre Batman por parte del ilustrador con el guionista Grant Morrison en 1989). O de un modo más agresivo y explícito, en diversas obras de Alberto Breccia como, por ejemplo, *La caperucita roja*, de 1980.

Samplerman se acerca a Breccia en la búsqueda de un efecto estético dominante, pero evidentemente supera el modelo tijera / cola mediante la revolución digital. Es interesante plantear en este punto la importancia de la tecnología en la historia de cualquier arte, su necesidad como espuela para la creatividad, para desatar formas, contenidos y soluciones. De la arquitectura del hierro en Chicago durante la segunda mitad del siglo XIX a las sucesivas mejoras en la serigrafía, pasando por la guitarra eléctrica, el óleo en tubo, el sonido cinematográfico y el caballete portátil, las nuevas tecnologías aplicadas al oficio del artista son algo vital para la evolución del arte. Y las innovaciones informáticas, evidentemente, son base en el trabajo de Samplerman. Una suerte de espacios forjados sobre repeticiones fractales, caleidoscopios de retales de añejos tebeos conformando una realidad nueva sin hilo argumental o lógica espacio temporal.

No solo la obra del *Hombre sampler* nace a partir de un uso recurrente de un programa de retoque fotográfico digital, sino que su explosiva creatividad precisa de este programa u otros análogos para llegar a su especial, inédita unión orgánica entre tradición y vanguardia. *Fearless Colors* («colores sin miedo», ahí queda el título para haceros pensar) lleva las posibilidades de la repetición a cotas solo logradas en campos ajenos al del cómic, si acaso. Sus páginas se acercan a la música psicodélica, a la electrónica trance, a los mantras repetitivos hasta la crueldad de los últimos Swans. Sí, como los artefactos musicales de Michael Gira, las páginas de Samplerman definen un pequeño patrón (uno visual: un rostro, una mano, el pliegue de una falda plisada...) y lo repite. Con crueldad monocórdica incansable, dinamitando el orden de la viñeta como Swans destrozan la lógica de la música comercial con sinfonías de media hora sostenidas en estruendos de síncopas de hormigón. Samplerman muestra parecida —ausencia de— piedad, aunque es más jugueteón, como la electrónica menos *dance*. Más Mouse on Mars, si seguimos musicando esta reseña. Nos engancha con un rostro robado de un cómic de género romántico publicado, quizá, en los años cincuenta,

---

y repitiéndolo *ad infinitum*, o lo hace derivar con una narrativa inaprensible, sin sentido aparente. Lo desnuda de significado para convertirlo en una realidad paralela, una pesadilla surrealista —no obstante amable.

He aquí otro anclaje con cosas que nos pueden sonar. El referente gráfico o visual de *Fearless Colors* puede ser el surrealismo de Miró o Dalí, un *horror vacui* que también abreva en las abstracciones pictóricas e incluso del expresionismo abstracto de Jackson Pollock, si queremos ir de estupendos. Y del Pop Art, por descontado, con los enormes lienzos murales de Roy Lichtenstein a la cabeza, y su deconstrucción de páginas de historieta trasladadas a otro medio. Sobre todo hay que hacer referencia al mencionado Joan Miró, con quien comparte el gusto por la creación de un espacio alternativo con sus propias reglas físicas (eso sí, desde una óptica pop más cercana a Warhol que al manifiesto de André Breton). *El carnaval del arlequín* (1924 / 1925) puede darnos más pistas para comprender la propuesta de Samplerman que todos los cómics de la editorial Casterman juntos. También el Jean Cocteau del cine silente y, como en casi todo lo rarito desde finales de siglo xx, se percibe la sombra del David Lynch más salvaje y alérgico a las leyes de la física y a los protocolos de la realidad.

Sin embargo y pese a tanto referente de otras disciplinas *Fearless Colors* no es una obra despegada del medio o que pretenda trascender por la vía referencial a otras artes, con un complejo de inferioridad mal disimulado. En sus páginas todo nos conduce a la historia del cómic desde el momento en que los materiales que usa Samplerman para sus *collages* son, precisamente, cómics antiguos. Cada página de *Fearless Colors* es un homenaje que revaloriza la categoría de aquellos cómics de derribo, arte de consumo, en principio de corta vida —arte que no se conserva, que se compra, se lee y se desecha... Una historieta de uso y reciclaje, que no era consciente de su propia categoría—. Y en las no-historias de Samplerman esos ecos de cómics pasados imprimen un carácter claramente: los personajes y los diálogos transmiten desde su irrealidad amorfa una mirada naif muy pura, de sorpresa sincera, de sentimientos planos y exagerados que nos remiten sobre todo a los cómics clásicos norteamericanos. La cuestión es que esos sentimientos, emociones y sorpresa pertenecen en esta obra de *sampladelia* salvaje a una realidad que no es nuestra realidad. Samplerman logra plasmar un universo paralelo de muy escasos puntos tangenciales con el nuestro, zonas de contacto frágil entre nuestra realidad y una que no se rige por la lógica del cosmos saganiano («todo lo que es, lo que ha sido y lo que será») proponiendo no-lugares, no-tiempos y no-historias que obedecen a sus propios mecanismos.

En *Fearless Colors*, en definitiva, enfrentamos algo inaudito y a la vez de ejecución refinada, un logro antes que un tanteo experimental. O más bien encontramos una búsqueda, una gesta artística que desemboca en el descubrimiento más exitoso. La fascinación del lector por tanto no es la de la empatía, sino la del hallazgo. Colón, Marco Polo, Roald Amundsen, Neil Armstrong... y ahora tú, ante esta puerta a la creatividad desbordada, tecnologizada y *vintage* al tiempo de Samplerman.

*Octavio Beares comenzó a hacerse oír en la red con un nick, tan tonto como otros muchos, pero por el que aún guarda cariño. A los pocos años, decide olvidarse de ese Señor Punch y firma con su nombre real. Así, se le ha podido leer en sus dos identidades por diversos proyectos, autogestionados o de terceros. Su blog personal (en activo desde 2005) es [El Octavio Pasajero](#); su blog sobre tebeos, [Serie de Viñetas](#). Mantiene otro más sobre [The Sandman](#) al que promete dar continuidad, algún día de estos. Y, además, se ha prodigado por medios varios: de la revista online Viñeta en Palabras a la web cultural Culturamas, pasando por Rockdelux o el diario Faro de Vigo, donde hace una sección más o menos periódica sobre historieta desde 2009. Ha comisariado un par de exposiciones sobre historieta. Le gusta la música alternativa y el post hardcore, aunque sabe que ya no tiene edad.*